MODERNIDAD Y DESARROLLO EN ÁFRICA SUBSAHARIANA. UN ACERCAMIENTO AL CONTINENTE AFRICANO

Ana Sánchez Alías

Resumen

El presente texto constituye una abierta y declarada propuesta de reflexión sobre la visión estereotipada que acerca del continente africano persiste entre «nosotros», habitantes de las autoproclamadas sociedades desarrolladas. Sociedades ahora inmersas en un mundo global e interconectado por las tecnologías de la comunicación y que, a pesar de ello, siguen recibiendo una información sesgada y limitada a ciertos desastres y conflictos fratricidas, siguen asumiendo que todo ello obedece a un atraso cultural de origen ancestral y, no en pocos casos, percibiendo a la población africana como única responsable. Se inicia este ensayo con una breve alusión a la trayectoria precolonial de los pueblos africanos que desmonta su concepción como sociedades desvalidas o sumisas, para abordar a continuación el objeto y tema central del mismo: repensar las nociones de *desarrollo* y *subdesarrollo* como construcciones ideológicas occidentales. Se refieren algunas de las transformaciones sociales provocadas por las políticas desarrollistas y su incidencia sobre el rol y estatus de las mujeres, para referir, por último, las alternativas al *desarrollo* y propuestas de transición hacia otro modelo social sometidas, aún hoy, al debate iniciado en la década de los noventa sobre el *postdesarrollo*.

PC.- África subsahariana, subdesarrollo, modernidad, desarrollo, postdesarrollo.

Ana Sánchez Alías es diplomada en Trabajo Social, experta en *Menores en situación de Riesgo Social* y Mediadora Familiar. Es Máster Universitario en *Estudios Migratorios, del Desarrollo e Intervención Social* -pertenece al Programa de Doctorado en Ciencias Sociales Aplicadas- y miembro del Grupo de Investigación SEPISE (Seminario de Estudios para la Investigación Social y Educativa) de la Universidad de Granada.

Introducción

El continente africano, tan cercano geográficamente, resulta ser un gran desconocido para la mayoría de nosotros. Sabemos de él por las sobrecogedoras imágenes que aparecen en los medios de comunicación con motivo de desastres, guerras, hambre y enfermedades. En los últimos años nos hemos familiarizado con el término *subsahariano*, debido a la llegada a España de inmigrantes procedentes de alguno de los países situados al sur del Sahara, pero poco más conocemos. A pesar de encontrarnos inmersos en un mundo interconectado por las tecnologías de la comunicación, seguimos recibiendo una información sesgada, asumiendo que tanta desgracia obedece a un atraso cultural de origen ancestral y, no en pocos casos, percibiendo a la población africana como única responsable.

El presente texto es una propuesta de reflexión sobre esta visión estereotipada. Poco más de un párrafo al inicio de este ensayo ha bastado para dejarnos intuir la rica trayectoria precolonial de los pueblos africanos, una historia dinámica que desmonta su concepción como sociedades desvalidas o sumisas: relaciones comerciales, estructuras sociales y de gobierno, jerarquías... En suma, la existencia de una realidad propia antes de que los conociéramos como gentes colonizadas.

No obstante, el objeto central del ensayo y la principal propuesta de reflexión crítica gira en torno a la cuestión del Desarrollo. La idea de la pertinencia de un texto breve y sencillo sobre esta temática surgió al constatar la frecuencia y naturalidad con la que, no solo los medios de comunicación o la gente “de la calle”, sino también estudiantes de disciplinas pertenecientes a las Ciencias Sociales se refieren a los países africanos con calificativos como “*subdesarrollados*” y “*tercermundistas*”, y el propósito no es otro que aportar elementos de análisis básicos, pero necesarios, para que el uso de estos términos se realice de forma consciente y desde el conocimiento sobre cómo y por qué los hemos incorporado a nuestro vocabulario.

Así pues, contribuir a la construcción de un nuevo imaginario colectivo acerca de las nociones de *desarrollo* y *subdesarrollo* –o, expresado de otro modo, a la deconstrucción del imaginario existente– especialmente entre las mentes jóvenes, es una de las motivaciones de este trabajo.

A través de estas nociones se revela la relación del continente africano con el mundo “civilizado” a lo largo de los últimos sesenta años, y a través de sus prácticas podemos

comprobar que ninguno de los acontecimientos protagonizados por Occidente le ha sido ajeno, aún más, que ha sido el rumbo tomado por la política, las ideologías y la economía de las potencias mundiales, el que ha marcado impunemente el presente de la población africana. No queremos negar la repercusión positiva en la población de acciones locales concretas a través de proyectos, pero ello no impide cuestionar el desarrollo, en tanto sustento de un modelo económico y su perspectiva de pensamiento asociada –uno y otra de origen occidental- y como estrategia para la dominación mediante la erradicación de toda herencia cultural propia.

Entre referencias teóricas y experiencias reales de los pueblos africanos, se deja ver el modo en que las políticas desarrollistas incidieron negativamente en su economía de subsistencia –lo que equivale a decir en su autosuficiencia– o en el rol y estatus de las mujeres. Al destacar la activa participación social y política de éstas, estamos cuestionando también posturas proteccionistas hacia seres que solamente imaginamos sumidos en problemas y sin ninguna capacidad de acción. La apropiación de sus valiosos recursos naturales por parte del gran capital internacional es otra cuestión que se deja abierta para la indagación por parte de quienes quieran cuestionarse las razones de tanto conflicto interno devastador.

Quizás ahora, cuando las consecuencias de un capitalismo salvaje nos afectan directamente haciéndonos sentir vulnerables, impotentes y colonizados por fuerzas extrañas, cuando hemos tomado conciencia del daño ecológico y ambiental causado por un crecimiento económico ilimitado, podamos aproximarnos a las posturas críticas al desarrollo y empezar a pensar en modos de vida alternativos, en sistemas productivos no depredadores de la naturaleza, en la riqueza que para la humanidad representa la diversidad cultural y la coexistencia de distintos modelos sociales. Sobre esto trata la última parte del texto dedicada al *postdesarrollo*, un tiempo aún por llegar que cada vez más voces reclaman y que algunas comunidades ya anticipan con prácticas y discursos diferentes.

Gente con historia

El antropólogo Eric R. Wolf, en su obra *Europa y la gente sin historia*, defiende que la historia de la humanidad constituye un total de procesos múltiples interconectados y que empeñarse en descomponer esa totalidad en partes es falsear la realidad. Así, cada sociedad, nación, o cultura del planeta no es sino el resultado de las vinculaciones y conexiones con otros grupos, por lo que abordar su historia supone conocer los procesos de transformación, influencia, aprendizaje, difusión e interconexión entre ellos.

Este planteamiento me parece apropiado para abordar el desconocimiento generalizado acerca de África, cuya historia parece comenzar en el momento en que es colonizada por Europa y que aún hoy se presenta como aislada del resto del mundo y configurando en sí misma un todo homogéneo, un vasto espacio habitado por “tribus” con formas de organización social estáticas, incapaces de adaptarse a la modernidad.

Cuenta Lemarchand (2000) que ya desde los primeros siglos de nuestra era existían grandes imperios en el África negra que cruzando el Sahara comerciaban con los pueblos mediterráneos. En el año mil, de la fusión entre los bantúes y los shirazíes – árabes procedentes de Irán– surgió un gran imperio basado en el comercio de madera y marfil que llegó a extenderse desde el sur del Sahara hasta la costa sur del Índico. Ya desde el siglo XIII existieron estructuras estatales en territorios dedicados a la extracción minera y al comercio de sus riquezas naturales. En el siglo XV, las ciudades costeras albergaban una amplia población criolla debido a la intensidad del comercio con los portugueses. En el siglo XVIII los conquistadores británicos y holandeses encontraron fuertes resistencias guerreras por parte de los xhosa y zulúes, resistencias africanas a la conquista europea que Frederick Cooper (2003) identifica como precursoras de los movimientos nacionalistas e independentistas posteriores. A finales de ese mismo siglo, en los mismos inicios de la colonización, diversas ciudades africanas se poblaron con miles de esclavos retornados de América que conformaron una nueva clase de africanos, mezcla entre colonos y autóctonos¹.

Son solo unos pocos ejemplos que nos llevan a intuir la existencia de una rica y dinámica trayectoria precolonial en la que cada comunidad africana ha configurado su historia mediante la relación, influencia e interconexión con otros pueblos y culturas,

¹ Sierra Leona se fundó en 1792 con esta finalidad, albergando a los esclavos que en la guerra de independencia americana habían luchado al lado de los británicos. En la primera mitad del S.XIX, tras la abolición de la esclavitud en América, otras ciudades como Liberia o Freetown nacieron para “ofrecer una tierra africana a negros americanos” (Lemarchand, 2000, p.3).

generándose así transformaciones en la estructura social de cada uno de los diversos pueblos del continente, contradiciendo de este modo la opinión de aquellos que aluden a la inmovilidad y postración de las sociedades africanas como responsables de su atraso.

La negativa imagen de África como un conglomerado de sociedades primitivas fue contrarrestada por los primeros historiadores que hablaron de entidades complejas,

“cuyas tradiciones originales definían al pueblo llano, cuyas ideas sobre la realeza y la jerarquía social definían el orden político, y cuyo interés en el comercio con el mundo exterior y en la educación occidental mostraban una actitud abierta y adaptable a la interacción” (Cooper, 2003, p.16).

En este mismo sentido y en alusión a los modos de organización social y política, algunos autores han destacado el antiguo “arte de gobernar africano” -sistemas jerárquicos basados en el consenso- como un precedente autóctono de lo que en occidente hemos llamado más tarde “democracia” (Cfr. Iniesta, 2002).

En abierta oposición con lo anterior, diversos intelectuales han imputado el atraso de África a los valores antiguos y a las tradiciones, llegando incluso a negar la idoneidad de usar el término *filosofía* para referirse a las viejas concepciones africanas que han catalogado como *mito* y, por tanto, ajenas o contrarias a la razón. En base a esta supuesta pobreza del pensamiento africano se justificó la aplicación de una filosofía “auténtica” -la basada en el ideario y parámetros europeos- que, mediante la modernización de valores y estructuras, lograra sacar a África de lo que el pensamiento occidental consideraba un estancamiento cultural y social (*Ibid*), iniciándose así el proceso que desde mediados del pasado siglo ha ido imponiendo la transformación de mentes y costumbres.

El medio utilizado para ello fue la sustitución del tradicional colonialismo por Programas de Desarrollo (Esteva, 1996). Sin embargo, el fracaso de las estrategias modernizadoras y desarrollistas aplicadas tras la descolonización es hoy ampliamente reconocido, extendiéndose la idea de un *renacer africano* en el que las “*potencialidades y riquezas de la identidad y cultura de la resistencia africana*” (Álvarez Acosta, 2006, p.42) no queden de nuevo sometidas a fórmulas políticas, económicas y culturales ajenas a su realidad.

Como ya sucediera a finales del S.XIX cuando surgieron teorías y movimientos como el *panafricanismo* y la *negritud*, en la década de los noventa nuevas voces reclamaban el fin del paternalismo eurocentrista y un futuro diferente para África, pero desde entonces

han transcurrido casi veinte años y la virulencia de la globalización y la falsedad de las políticas de desarrollo parecen ensañarse con este continente que, sin embargo, y al igual que hizo bajo otras formas de dominación, desarrolla resistencias y mantiene una actividad social imperceptibles a la mirada de la población occidental que, en su mayor parte, permanece convencida de la natural división del mundo en países *desarrollados* y *subdesarrollados*.

Sobre el concepto de desarrollo

Nos dice Gustavo Esteva (1996) que en 1949, el día que el presidente norteamericano Truman pronunció su discurso de toma de posesión, la diversidad y heterogeneidad de la mayor parte de la población del planeta se convirtió en una minoría homogénea y sin identidad: *los subdesarrollados*.

El contexto en el que el nuevo presidente pronunció esta palabra era un programa político y económico que prometía acabar con el viejo imperialismo e introducir a los países pobres del mundo en la moderna economía occidental.

“... un audaz programa que ponga los beneficios de nuestros avances científicos y progreso industrial a disposición del crecimiento y mejora de las áreas subdesarrolladas. [...] El viejo imperialismo –explotación para el beneficio ajeno– no tiene cabida en nuestros planes. Lo que proponemos es un programa de desarrollo basado en la idea de una democrática transacción equitativa. Todos los países, incluido el nuestro, se beneficiarán enormemente de un programa constructivo para un mejor uso de los recursos humanos y naturales del mundo”
(Truman, 1949).

En realidad, la «democrática transacción equitativa» no lo era tanto, pues la condición necesaria para acceder a los beneficios del progreso económico prometido era que dichos países debían de mirarse en el espejo americano. En 1951 el informe de Naciones Unidas sobre *Medidas para el Desarrollo Económico de los Países Subdesarrollados*, anunciaba la necesidad de «erradicar» las filosofías ancestrales y «desintegrar» las instituciones sociales de estos países, incluidos sus lazos de casta o credo, al tiempo que advertía de los «ajustes dolorosos» que habrían de padecer quienes no fueran capaces de seguir el ritmo del progreso, condiciones éstas que, tal como señala Escobar (2007) al referir este informe, demostraban la voluntad de transformar drásticamente las sociedades de dos terceras partes del mundo.

El término “desarrollo” empezó a cambiar su significado original a partir del momento en que quedó asociado tanto a un modelo económico concreto -el de las sociedades capitalistas- como a un único modelo social válido, convirtiéndose así en un instrumento idóneo para el afianzamiento de la hegemonía americana tras la Segunda Guerra Mundial. El discurso del desarrollo, el que justificaba la necesidad de extender este modelo a la mayoría de sociedades del planeta, se basó en dos pilares esenciales: equiparar el desarrollo a un continuo crecimiento económico y difundir la creencia de que esta noción occidental de progreso era el camino natural para la evolución del hombre, el punto en el que todos los pueblos habrían de converger. La humanidad estaba destinada a seguir la trayectoria de las sociedades occidentales para, mediante el progreso, lograr su unidad y acabar con las diferencias existentes en el mundo.

Quiero señalar aquí la equiparación que Wolfgang Sachs hace entre esta perspectiva de mediados del S. XX y el pensamiento surgido en la *Ilustración* respecto a esa humanidad utópica que se alcanzaría al amparo de la razón y la ciencia. Esta similitud en la visión del mundo entre dos etapas históricas que distan dos siglos, sirve al autor para ilustrar el proceso por el cual el «salvaje» del S.XVIII ha venido a convertirse en el «subdesarrollado» de nuestra época (nota²).

Aún presuponiendo las buenas y generosas intenciones de este proyecto desarrollista, la cuestión que lo invalidaba, tal como apunta Sachs (1996) era el sesgo evolucionario implícito, la concepción del mundo desde un “*universalismo a-histórico y deslocalizado de origen europeo*” (p. 381). Sin embargo, la nueva acepción de la palabra desarrollo se difundió con tal vehemencia que aquello que no era sino la formación discursiva de una ideología se convirtió en algo real, medible y comparable, en una fuerza social efectiva que, auspiciada por los intereses económicos que rodeaban al proyecto, se materializó en toda la estructura política, institucional y profesional que fue generándose para

² En la Europa de la Ilustración, la idea de una humanidad única quedaba resquebrajada ante la existencia de “*pueblos extraños*”, cuestión que se resolvió “*interpretando la multiplicidad de culturas en el espacio como una sucesión de estadios en el tiempo. Así el «salvaje» fue definido como alguien que crecería y entraría en la etapa de la civilización. El «salvaje», aunque viviera ahora, recibía la condición de niño en la biografía humana, un Niño que aún no estaba completamente maduro y tenía necesidad de ser guiado por un padre fuerte*” (Sachs, 1996, p. 380). En la era de la segunda postguerra mundial, la razón fue sustituida por el crecimiento económico pero los conceptos permanecían inamovibles: la unidad de la humanidad puede lograrse si mejoramos a los «retrasados», “*la unidad del mundo se realiza mediante su occidentalización*” (*Ibid*).

sostenerlo³. Se ratifican así los enfoques teóricos que defienden la capacidad de los discursos para imponer ciertas verdades que la sociedad asume como válidas, que repetidas una y otra vez van penetrando en la conciencia de los sujetos, conformando subjetividades y generando realidad social⁴.

Fue así, a través de los discursos y las prácticas del *desarrollo*, como se construyó la idea del *Tercer Mundo*, otro nuevo concepto surgido de la necesidad de Occidente de «redefinirse» a sí mismo y al resto del mundo tras la II Guerra Mundial (Escobar, 1996, 2007). La nueva organización geopolítica del planeta se hacía explícita a través de nociones que, por sí mismas, transmitían el establecimiento de jerarquías espaciales, de categorías sociales y clasificaciones culturales (Primer Mundo y Tercer Mundo; Desarrollo y Subdesarrollo). Recordemos que el Primer Mundo lo formaban las naciones industrializadas capitalistas; el Segundo Mundo las naciones industrializadas comunistas; y el Tercer Mundo las naciones pobres no industrializadas (*Ibid*) y que esta división conceptual del planeta en “tres mundos” claramente diferenciados fue determinante en la construcción de imaginarios colectivos respecto a regímenes políticos y económicos.

En el contexto de la segunda posguerra, con dos potencias mundiales ideológicamente enfrentadas y donde el temor a la expansión del comunismo marcaba la política estadounidense, hemos de coincidir con Escobar (1996) en que la transformación social que se programó para gran parte del mundo “*equivalía a crear las condiciones para la producción y la reproducción capitalistas*” (p.220).

Podemos pues entender el *desarrollo*, tal como surge y se difunde en los años 50, como un concepto impregnado de una gran carga ideológica, comparable a la reestructuración capitalista y ofensiva neoliberal de la década de los 80, al pretendido *pensamiento único* difundido en los años 90 por la teoría de Fukuyama sobre el *fin de la historia*, y al fenómeno de la globalización en la actualidad (entendida ésta como el poder absoluto del capital mediante la conjunción de una ideología económica y política hegemónicas) pues cada una de estas ofensivas ha tenido como objetivo la progresiva homogenización social y el sometimiento ideológico que, anulando resistencias, permita la dominación económica.

³ El papel que en la historia del desarrollo desempeñaron los economistas y los planificadores es analizado en *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, de Arturo Escobar (2007).

⁴ Para ampliación véase la obra de Michel Foucault y de pensadores situados en el enfoque post-estructuralista. Texto del autor consultado para este trabajo: Foucault, M. (2009), (1ª ed. 1969). *La arqueología del saber*. Trad. Aurelio Garzón. Madrid: Siglo XXI.

Aplicación y efectos de las políticas desarrollistas

Las nefastas consecuencias sociales de la transformación económica y social llevada a cabo mediante Programas de Desarrollo empezaron a plasmarse en los informes de Naciones Unidas ya desde la misma década de los 50, forzando a mayores prestaciones sociales a medida que avanzaba la industrialización de las zonas *subdesarrolladas*. Surge así la expresión “desarrollo social” como contraparte del “desarrollo económico”, y ya en la década de los 60 las Naciones Unidas advierten de la necesidad de armonizar la planificación económica con la social ante las crecientes desigualdades sociales que acompañaban al crecimiento económico, siendo en los años 70 cuando McNamara, el presidente del Banco Mundial, reconoce que una alta tasa de crecimiento económico no había traído consigo el desarrollo (Cfr. Esteva, 1996). En un discurso ante la Junta de Administración celebrada en Nairobi, McNamara declaró que la «pobreza absoluta» afectaba ya al 40% de la población de las naciones en desarrollo, y que este «efecto colateral del desarrollo» era tan extremo que degradaba “*las vidas de los individuos por debajo de las normas mínimas de la decencia humana*” (citado por Iván Illich, 1996, p. 164).

En los años 80 los países ya inmersos en la economía del desarrollo fueron sometidos a los reajustes estructurales impuestos por el Fondo Monetario Internacional para hacer frente a la deuda externa (deuda obligatoriamente contraída para la ‘modernización’ de sus sistemas productivos y el ‘desarrollo’ de sus sociedades)⁵. Estas medidas de ajuste no hicieron sino empeorar las condiciones de vida de la población e incrementar la dependencia de los Estados (Intermón Oxfam, 2001) generando así la espiral ya conocida -por reiterada en otras partes del mundo- que ha conducido a la mayoría de países africanos a la situación actual, en la que han de destinar más recursos al pago de la deuda externa que a la educación, sanidad, infraestructuras locales, o cualquier otro servicio a la población.

⁵ Según un estudio de UNICEF, entre 1980 y 1989 los países de África Subsahariana iniciaron 241 programas de ajuste estructural, siguiendo las directrices y condiciones marcadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (Alvarez Acosta, 2002, p.41).

Ante los acontecimientos mundiales acaecidos al inicio de la década de los 90⁶, la democracia occidental de corte neoliberal se presentó como única modalidad posible de gobierno, y se consideró entonces que la apertura democrática era el ingrediente que faltaba para lograr el éxito de los programas de ajuste y alcanzar el desarrollo sostenido en los países africanos. Sin embargo, la combinación «democracia liberal - ajuste estructural» resultó contradictoria en la práctica, pues *“por una parte llamaba e imponía la democracia y el buen gobierno y, por la otra, exigía «Estados fuertes» o gobiernos autoritarios para implementar los impopulares programas”* (Álvarez Acosta, 2006, p.35).

Conviene volver a incidir en cuestiones conceptuales, en el significado implícito, pues este proceso “democratizador” refleja, una vez más, la pretensión de Occidente de universalizar sus modelos de sociedad, ahora mediante la imposición a los *subdesarrollados* de un modelo político que es consecuencia de las circunstancias históricas, sociales y culturales de las sociedades occidentales.

Interesa aquí abrir un corto paréntesis para señalar que este amplio periodo (décadas 1950-1990) que hemos descrito brevemente corresponde a tres diferentes momentos en la conceptualización del desarrollo en las Ciencias Sociales:

- **La teoría de la modernización** (años 50-60) con asociación plena del desarrollo al crecimiento económico, ideológicamente asociada a las teorías liberales. Sustentó el proyecto desarrollista en sus inicios y posteriormente ha sido reforzada por la corriente neoliberal en dos aspectos, el dominio de la economía sobre las demás esferas de la vida social y la propagación de esta ideología como único camino posible.
- **La teoría de la dependencia** (años 60-70) asociada a ideales marxistas que cuestionan el sistema capitalista e imputan las causas del *subdesarrollo* a la dinámica generada por el propio sistema, al someter a los países pobres a una absoluta dependencia económica de los países ricos. El surgimiento de esta teoría es indicativo de hasta qué punto el *subdesarrollo*, nacido como una construcción conceptual abstracta, había pasado a ser algo real. Por una parte, el mero hecho de debatir sobre las causas que lo generan supone aceptar su existencia, aceptar la condición de persona o país subdesarrollado, aunque tal situación se impute a factores externos; por

⁶ La caída del muro de Berlín en 1989 y posterior disolución de la URSS en 1991 supuso el triunfo ideológico del sistema capitalista occidental, presentado ante mundo como único sistema posible e incuestionable, tanto en el plano político como económico.

otra, el hecho de que estas críticas incluyeran diferentes propuestas para alcanzar el *desarrollo* supone, implícitamente, asumir éste como necesario.

- **Posturas críticas al desarrollo** (años 80-90) plasmadas en un discurso cultural que cuestiona el concepto mismo de *desarrollo*. Los argumentos críticos de esta corriente están en línea con el paradigma postestructuralista, es decir, con el enfoque de análisis orientado a comprender cómo funciona la dominación a través de determinados discursos y prácticas, tratando de mostrar mecanismos y estrategias para su deconstrucción. Aplicada a los estudios del desarrollo, esta perspectiva dio lugar al pensamiento crítico del *postdesarrollo*, de gran difusión durante la década de los 90.

Incidencia de las políticas desarrollistas sobre sectores y ámbitos concretos.

En África, la expansión del capitalismo occidental bajo el discurso de la modernidad y el desarrollo se inicia casi simultáneamente al proceso de descolonización e independencia, de tal modo que en determinados Estados africanos constituidos en la segunda mitad del S.XX, las antiguas metrópolis siguieron controlando la explotación de los **recursos naturales**. Con la connivencia de unos gobiernos mayoritariamente dictatoriales y corruptos, el expolio colonialista fue reemplazado por un “*neocolonialismo extractivo*” (expresión tomada de Escobar) que se ha ido intensificando a lo largo de décadas⁷.

Las políticas del Banco Mundial hicieron que en 1992 se modificaran las reglas de la minería en los países africanos al objeto de incentivar la presencia de empresas extranjeras. La participación de los estados en el sector minero se redujo drásticamente, así como su capacidad de regulación y control, capacidad ya de por sí bastante limitada desde los planes de ajuste impuestos por el FMI. Las consecuencias de esta estrategia, puramente mercantil a favor de las empresas exportadoras de valiosos minerales y combustibles fósiles, han sido enormemente negativas para estos países, especialmente en el ámbito medioambiental. Por otra parte, las prácticas de estas grandes empresas

⁷ Ya en 1950, en su obra *Discurso sobre el colonialismo*, Aimé Césaire alertaba irónicamente sobre los propósitos del programa de desarrollo americano: “*Oíd que las grandes finanzas estadounidenses juzgan llegada la hora de saquear todas las colonias del mundo [...] ¡Los bulldózeres! ¡Las inversiones masivas de capitales! ¡Las carreteras! ¡Los puertos! ¡Una ganga!*” (2006, p.42), ironía que hoy podemos entender como una acertada libre-traducción de lo que un año antes Henry Truman había proclamado como un «*mejor uso de los recursos humanos y naturales del mundo*».

extranjeras en el sector extractivo han propiciado conflictos internos en determinados lugares, el contrabando, el mercado negro en las exportaciones, la explotación laboral, etc., lo que, en definitiva, ha venido a empeorar las condiciones de vida de las comunidades (García-Luengos, 2012).

En otra esfera socio-económica, la modernización de los sistemas productivos tradicionales supuso una profunda transformación de las **sociedades campesinas** africanas. Los programas de desarrollo rural obligaban a la sustitución de los cultivos autóctonos, adecuación de la producción agrícola a los intereses comerciales, modificación de los hábitos alimenticios y, en definitiva, a la destrucción de la autosuficiencia de estos pueblos, siendo éste el origen, en opinión de muchos autores, de la posterior situación de hambruna en la que se encuentran algunas comunidades rurales.

“Las actividades de subsistencia llegaron a ser devaluadas o destruidas y se puso en el orden del día una actitud instrumental hacia la naturaleza y la gente, lo que a su vez condujo a formas sin precedentes de explotación de los seres humanos y de la naturaleza” (Escobar, 1996, p.219).

Este hecho tuvo una repercusión especialmente negativa sobre las mujeres, pues el discurso occidental nunca reconoció el papel productivo de la mujer como agricultora y principal proveedora de alimentos a la comunidad. Estos programas, al imponer la agricultura especializada destinada al mercado e incluir el reclutamiento de mano de obra masculina, provocaron un deterioro de la posición económica y de género de las mujeres. Se produce así una polarización entre agricultura de subsistencia (feminizada) y agricultura de exportación (masculinizada) acrecentando la separación entre lo público y lo privado y produciendo cambios importantes en los roles y relaciones de género. Todo ello supuso un empeoramiento de las condiciones de vida de las mujeres y, por extensión, las de sus comunidades (V. Argibay et al, 1998; Escobar, 1996; Vieitez y Jabardo, 2006). Resulta obvio que no podemos generalizar a todo el continente ni el tipo de actividad que desempeñaban las mujeres ni las formas de estructura social, pero sí se puede afirmar que, en cualquier caso, las condiciones estructurales creadas por los programas de desarrollo modificaron sustancialmente sus formas de organización social y económica.

No obstante, el mayor efecto negativo ha sido, sin duda, la destrucción de la autosuficiencia alimentaria, una más de las consecuencias que derivan del gran **coste ecológico** que ha supuesto la obsesión del desarrollo en tratar a la naturaleza como un

mero recurso para el beneficio económico. La sustitución de productos autóctonos, cultivados según los ciclos naturales, por la agricultura industrial (uso de fertilizantes y semillas manipuladas genéticamente) ha deteriorado la capacidad regeneradora de la naturaleza, de tal modo que el suelo ha dejado de ser un recurso renovable. La sobretala de árboles, por ejemplo, acaba destruyendo todo el ecosistema forestal y la escasez de agua se convierte en una de sus consecuencias (Shiva, 1996). Debido a la deforestación, las temperaturas en África subsahariana se han elevado por encima del promedio global, produciendo prolongadas sequías que impiden los cultivos y provocan la muerte del ganado (Lander, 2012).

“La mayoría de los problemas ambientales que son descritos como 'desastres naturales' no son, en realidad, ocasionados por la naturaleza; fueron creados como resultado de la transgresión de límites por científicos y planificadores para crear crecimiento ilimitado y consumo ilimitado” (Shiva, 1996, p.327).

Activismo de las mujeres africanas

Tras el proceso de descolonización e independencia iniciado a mediados del S.XX, el espíritu modernizante llevó a la mayoría de los estados recién constituidos a rechazar ciertas tradiciones culturales e iniciar proyectos de emancipación de las mujeres conforme al modelo occidental, lo que afectó negativamente a los movimientos femeninos locales que quedaban extraídos de un contexto cultural propio. Según apuntan Vieitez & Jabardo (2006) esto supuso el “*mal avenido matrimonio entre feminismos y nacionalismos*” (p.8) si bien la participación de las mujeres en el proceso de construcción nacionalista resulta innegable.

Muestra del activismo y las resistencias femeninas en revoluciones y procesos independentistas no pacíficos fue la Organização da Mulher Angolana, que participó junto al Movimiento Popular de Liberación de Angola en la lucha armada que se inició en 1961. Otras organizaciones femeninas similares de la época fueron la South West African People's en Namibia, el Frente de Liberación de Eritrea, y los movimientos campesinos de mujeres (*Ibid*).

Como ejemplos de la participación de las mujeres en la vida política de sus comunidades, encontramos el Country Women Association de Nigeria (COWAN) fundada en 1982 por un grupo de mujeres rurales. Ante las dificultades para obtener créditos gubernamentales -a pesar de constituir casi el 75% de la fuerza de trabajo- pusieron en marcha su propio sistema de crédito; iniciado por 24 mujeres con un fondo

de 45 dólares cada una, en 1996 contaba con 24.000 mujeres que disponían de un fondo de ocho millones de dólares (Argibay et al, 1998).

También las mujeres de Uganda han sido especialmente activas en promover la participación en el ámbito de las finanzas, las leyes, la prensa o la agricultura. En Kampala fundaron el primer servicio de asesoría legal para mujeres en África y también se publicó “Arise” -(¡Levántate!)- que fue el primer periódico feminista de la región. Desde 1986, y durante más de una década, siempre una mujer ha ocupado el Ministerio de Agricultura y otra el ministerio encargado de negociar con los rebeldes que actúan dentro del país (*Ibid*).

La situación política generada a inicios de los años noventa por los planes de ajuste estructural reavivó de forma espectacular el activismo femenino y feminista. A través de la participación en plataformas internacionales se iniciaron presiones para abordar cambios legislativos (leyes de familia, tierras, herencia, ciudadanía, violencia doméstica, acoso sexual...) y normas de discriminación positiva, siendo numerosas las mujeres africanas que desde la última década vienen ocupando cargos políticos relevantes, llegando a alcanzar la presidencia del país, como en el caso de Liberia, o que han creado sus propios partidos políticos (Vieitez & Jabardo, 2006).

¿Hacia una era post-desarrollo?

El *postdesarrollo* es una noción surgida en la década de los noventa ante la constatación del fracaso del *desarrollo* en el llamado *Tercer Mundo*. En línea con el pensamiento postestructuralista, plantea un debate teórico que aspira a conocer los procesos históricos por los que ciertos países fueron “ideados” como *subdesarrollados* (Escobar, 2005). El *postdesarrollo* se sitúa, por tanto, en un posicionamiento crítico con la hegemonía de un único patrón socio-cultural y económico.

Mediante este concepto no se pretende definir ‘otra’ versión de desarrollo, pues no se trata de encontrar un modelo idóneo, verdadero y universal sino que, tal como indica el prefijo *post*, se refiere a un tiempo posterior al marcado por el dogma desarrollista. Si este dogma se construyó en base a ciertos discursos y prácticas que nos hicieron creerlo como una “verdad”, otros discursos y prácticas son precisos para su deconstrucción. De acuerdo con Escobar, deconstruir el *desarrollo* significa tomar conciencia de que la realidad puede definirse en términos distintos a los del *desarrollo*, conciencia que conducirá a actuaciones diferentes por parte de las personas y los grupos sociales.

Acontecimientos importantes ocurridos en los años 90 hicieron que se contemplasen como protagonistas de una posible transformación a los movimientos sociales. Un hecho relevante de esa época fue el surgimiento y auge de organizaciones indígenas en América Latina, un signo de enfrentamiento a las ideas desarrollistas de desprecio a la sabiduría tradicional, anulación de la diversidad cultural, etc. Otro acontecimiento significativo fue el *Foro Global* que en 1992 tuvo lugar en Río de Janeiro (de forma paralela a la Cumbre de la Tierra de las Naciones Unidas) donde más de 22.000 representantes de ONGs de todo el mundo debatieron alternativas al crecimiento y su devastador efecto sobre la naturaleza desde un enfoque bien distinto al de la conferencia oficial que, simultáneamente, debatía sobre el mismo asunto⁸ (Lander, 1995).

Los grupos ecologistas fueron precursores en trasladar a la práctica el discurso del postdesarrollo, siendo a su vez difusores del mismo al advertir sobre lo que Vandana Shiva (1996) identifica como las «externalidades negativas ocultas» del proceso de desarrollo. Podríamos entonces afirmar, siguiendo a Escobar (2005) que el postdesarrollo había dejado de ser dominio del conocimiento experto, trascendiendo al debate de los movimientos sociales e incorporando el conocimiento producido en ellos.

Puede que entonces se pensara que esta toma de conciencia se haría mayoritaria y que el mito del desarrollo – o las tres falacias del crecimiento económico que señala Masullo (2010)⁹– acabaría siendo desmontado. Sin embargo, hemos visto que los principios que sustentaron el desarrollo se han reafirmado bajo la hegemonía global del neoliberalismo, es decir, el crecimiento económico sigue siendo el eje central sobre el que organizar cualquier forma de vida social. Además, la ideología neoliberal ha ‘colonizado’ las mentes de tal modo que las inhabilita para el cuestionamiento; incluso quienes son conscientes de sus nefastas consecuencias aceptan los designios del sistema con la misma resignación que en otras épocas se aceptaba el castigo divino: es inevitable, proviene de un poder superior, o como dijo Margaret Thatcher en su momento, no hay alternativa.

Tras la explosión de la burbuja financiera hace unos años, las instituciones que sostienen el sistema han pensado que un modo de recomponerlo es impulsando la

⁸ Fue en estas cumbres de organismos institucionales donde se inventó la ambigua noción de “**desarrollo sostenible**”.

⁹ La falacia del crecimiento como mejor distribución de la riqueza; la falacia del crecimiento como reducción de la pobreza; y la falacia del crecimiento como empleo.

«competitividad de las exportaciones», un proyecto que se ha convertido en la nueva estrategia de *desarrollo* para África¹⁰. En pocos años la actividad extractiva de recursos naturales por parte de potencias extranjeras se ha intensificado exponencialmente (ver reparto en nota¹¹). Sin duda, África se ha convertido de nuevo en el punto de mira de la expansión capitalista y en el instrumento que la globalización neoliberal precisa para reinventarse, ahora ya sin necesidad de recurrir a eufemismos.

Ante la nueva situación mundial, reconocidos pensadores de esta corriente crítica se cuestionan hoy la validez de los discursos del postdesarrollo de los años 90 para reorientar el imaginario colectivo y, sobre todo, las prácticas que abran nuevas posibilidades, planteando la necesidad de reformularlos según los rasgos distintivos del nuevo período histórico abierto por la globalización neoliberal. Así, Masullo (2010) propone “*llenar de contenido empírico*” (p.87) esta postura crítica, es decir, abordar la deconstrucción de la teoría del crecimiento desde el campo de la teoría económica, rebatiendo con su mismo lenguaje los argumentos de los economistas defensores del neoliberalismo.

Por su parte, Escobar (2012) se refiere a los “*discursos de la transición*” (DsT) como los nuevos marcadores del postdesarrollo. Alude con ello a las aportaciones de grupos y comunidades que ya han iniciado transformaciones locales (grupos indígenas, ecologistas, economías rurales, etc.); al conocimiento y estudios procedentes del activismo, de movimientos sociales, de la sociedad civil, y de los intelectuales vinculados a luchas ambientales y culturales. Escobar ubica en la profunda crisis actual esa época de transición, describiéndola como el paso desde una concepción universal y homogénea del mundo, caracterizada por la integración económica y cultural (paradigma

¹⁰ Dentro de esta estrategia, el Banco Mundial patrocinó en 2010 una serie de conferencias y actos bajo el nombre “debates sobre el desarrollo”, indicativo de cómo las élites gobernantes persisten en mantener el discurso, a pesar de su evidente fracaso. “Repensar la globalización después de la crisis” fue el nombre elegido para la teleconferencia realizada entre Estados Unidos y cuatro países africanos -Ghana, Etiopía, Tanzania y Zambia- (citado en Escobar, 2012) un nombre más directo y acorde a la realidad del nuevo proyecto que ahora se difunde.

¹¹ **China:** abastecimiento energético y de minerales a cambio de créditos multimillonarios a bajo interés, de realización de infraestructuras por parte de empresas chinas y, en su caso, de venta de armas (Nigeria, Angola, RDC, Sudán, Zimbabwe). **EEUU:** suministro energético extraído de la región del Golfo de Guinea; para 2015 ha previsto que del 20 al 25% de sus importaciones de energía sean de esta zona. **Europa:** petróleo y gas natural existente en la región subsahariana. Potencias emergentes como **India, Brasil y Corea del Sur** están entrando también en la contienda por los recursos naturales de África (García-Luengos, 2012).

desarrollista) a la comprensión del mundo como un *pluriuniverso* en el que múltiples mundos culturales conviven sobre la base de un entendimiento ecológico.

Lander (2012) señala la necesidad de tener en cuenta las diferentes velocidades de esta transición, reconocer la pluralidad de contextos en los que estos movimientos se originan, la diversidad de objetivos, formas de lucha, etc. Considera indispensable profundizar en el debate sobre el sentido y potencialidades de los movimientos sociales y las luchas asociadas al Foro Social Mundial.

Podemos concluir que, si bien el discurso económico que sustentó el desarrollo de los años 50 no ha cambiado hasta hoy, el análisis y crítica del postdesarrollo debe reformular su enfoque. Por una parte, los efectos del nuevo capitalismo son de tal gravedad, especialmente respecto a la destrucción de la vida, que no basta con posicionamientos teóricos en el ámbito de la academia, sino que urge que el discurso crítico trascienda a los agentes sociales que pueden generar mayor concienciación social. En este sentido, la noción *decrecimiento* debería de ser incorporada como núcleo esencial de debate y argumentación.

Por otra parte, los contextos espaciales son otros; mientras que las nociones desarrollo/subdesarrollo (y sus prácticas asociadas) concernían a geografías concretas, los efectos del neoliberalismo global afectan a todo el planeta. Digamos que esta nueva situación comprende a la anterior, pero la novedad está en su percepción por parte de la población occidental. Algo impensable le está sucediendo (explotación laboral, retroceso social, retirada de derechos, incremento de la pobreza...) que zarandea sus esquemas cognitivos, sus creencias inculcadas. Algo que, en cierto modo, representa una oportunidad para la reacción y que ha de ser tenido en cuenta.

“Poner radicalmente en cuestión el concepto de desarrollo es hacer subversión cognitiva, y éste es el prólogo y la condición de cualquier cambio político, social y cultural”. Serge Latouche.

Referencias Bibliográficas

- ALVAREZ ACOSTA, M.E. (2006). África subsahariana. ¿Caminos propios o impuestos? *CONICET-UNC, Vol. 2, n° 3. p. 33-44*. Programa de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos, Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Recuperado en enero 2013 en <http://www.cea2.unc.edu.ar/africa-orientemedio/contrapdfs/03/3%20acosta.pdf>
- ARGIBAY, M. et al. (1998). *De Sur a Norte. Vidas paralelas de las mujeres*. Bilbao: HEGOA.
- CÉSAIRE, A. (2006). *Discurso sobre el colonialismo* (1ª ed. 1950). Traducción de Mara Viveros. Madrid: Akal.
- COOPER, F. (2003). La historia africana en la era de la descolonización. *ISTOR, Revista de Historia Internacional*, Año IV, número 14:14-31. Recuperado en marzo de 2013 en <http://www.istor.cide.edu/revistaNo14.html>
- ESCOBAR, A. (1996). Planificación. En Wolfgang Sachs (ed). *Diccionario del Desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, pp. 216-234. Perú: Ed. Pratec.
- (2005). El postdesarrollo como concepto y práctica social. En Daniel Mato (Coord). *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Universidad Central de Valencia.
- (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas (Venezuela): Fundación Editorial el perro y la rana.
- (2012). Más allá del desarrollo: postdesarrollo y transiciones hacia el pluriuniverso. *Revista de Antropología Social*, n° 21. P. 23-62. Recuperado en: http://dx.doi.org/10.5209/rev_RASO.2012.v21.40049
- ESTEVA, G. (1996). Desarrollo. En Wolfgang Sachs (ed). *Diccionario del Desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, pp. 52-78. Perú: Ed. Pratec.
- GARCÍA-LUENGOS, J. (2012). La vinculación entre los recursos naturales y el desarrollo en África subsahariana: hacia una visión más integradora. *Boletín ECOS n° 18*, marzo-mayo 2012. FUHEM-Ecosocial. Recuperado en: www.fuhem.es/ecosocial.
- ILLICH, I. (1996). Necesidades. En Wolfgang Sachs (ed). *Diccionario del Desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, pp. 157-175. Perú: Ed. Pratec.

- INIESTA, F. (2002). La batalla por el pensamiento tradicional en el África negra. En *Mundos africanos. Colección Urbanidades Digitales*. Ediciones digitales del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona. Recuperado en marzo 2013 en http://www.cccb.org/rcs_gene/iniesta.pdf
- INTERMON OXFAM (2001). *África Subsahariana: un continente excluido. Perspectivas económicas para la región*. Informe ante la reunión anual del Banco Africano de Desarrollo.
- LANDER, E. (1995). América Latina: historia, identidad, tecnología y futuras alternativas posibles. En Edgardo Lander (ed). *El límite de la civilización industrial. Perspectivas latinoamericanas en torno al postdesarrollo*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Recuperado en <http://biblioteca.clacso.edu.ar>
- (2012). ¿Un nuevo periodo histórico? Foro Social Temático. Porto Alegre (Brasil). Recuperado en <http://www.rebelion.org/>
- LEMARCHAND, Ph. (2000). *Atlas de África. El continente olvidado*. Madrid: Acento Editorial.
- MALDONADO-TORRES, N. (2006). Aimé Césaire y la crisis del hombre europeo. En Aimé Césaire. *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal.
- MASULLO JIMÉNEZ, J. (2010). *El desarrollo como discurso y el crecimiento como mito*. Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales. Recuperado en: www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/csociales/tesis152.pdf
- SACHS, W. (1996). Un mundo. En Wolfgang Sachs (ed). *Diccionario del Desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, pp. 377-395. Perú: Ed. Pratec.
- SHIVA, V. Recursos. En Wolfgang Sachs (ed). *Diccionario del Desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, pp. 319-336. Perú: Ed. Pratec.
- TRUMAN, H. (1949). *Inaugural Address*. Recuperado en mayo 2013 en http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/50yr_archive/inagural20jan1949.htm
- VIEITEZ CERDEÑO, S. y JABARDO VELASCO, M. (2006). África subsahariana y diáspora africana: género, desarrollo, mujeres y feminismos. En Santamaría Pulido & Echart Muñoz (Coords) *África en el horizonte. Introducción a la realidad socioeconómica del África subsahariana*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- WOLF, E.R. (1989). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.